ese país se vió invadido por grandes ejércitos extranjeros que trataban de inmiscuirse en sus asuntos: entre los combates librados contra la invasión, descuella el célebre de Valmy, en el cual la victoria coronó con sus lauros el patriotismo francés; y no obstante el triunfo, el general vencedor no creyó oportuno perseguir al enemigo, á pesar de las murmuraciones y otros actos de desagrado que observó por parte de sus subordinados.

"En pleno conocimiento de la situación esperó á que el porvenir lo justificara; y en esa virtud, á los pocos días vióse con asombro de los demás, que esos ejércitos tan poderosos, minados á la sazón por el hambre y las enfermedades que los diezmaban, maniobrando en un terreno que el temporal de aguas había hecho inaccesible, huían cobardemente abandonando ese campo por medio de una retirada que aparecía como fuga.

"Los cálculos del jefe francés se habían realizado! el genio de Dumouriez había triunfado al fin y se hacía justicia á su perseverancia y á su sabia y excelente previsión: la Francia se había salvado.....

.....

"La grandeza de alma y elevación de ideas de Zaragoza no menos que su valor y pericia, se ponen de manifiesto esta vez de una manera admirable: con un puñado de hombres tomados de leva en esta ciudad, pues que lo que se llamaba ejército regular casi había desaparecido, se presentó arrogante, magnífico, desafiando al poderoso ejército francés: sus compañeros de armas dudaban del triunfo, pero animados por el fuego sagrado del patriotismo, celebraron á semejanza de Leónidas y sus trescientos espartanos, algo como un *Pacto de sangre*, obligándose no á disputar un triunfo que juzgaban imposible, sino á morir peleando, vendiendo caras sus vidas, á fin de que el invasor ocupara la Plaza de Puebla pasando sobre sus cadáveres: realizaban, pues, un *suicidio heroico*.

"Zaragoza, por el contrario, nunca dudó ni menos desesperó del triunfo: su espíritu iluminado por la luz de la gloria, le hizo ver en perspectiva risueña la imagen de la victoria, de esa victoria que tanto se necesitaba por los precedentes hermosos que iba á establecer; por lo tanto, la derrota de los franceses en la falda del cerro de Guadalupe, debió ser la hora más bella de su vida y una de las grandes glorias de México, pues que en tan celebrado día, la victoria y

el patriotismo acababan de hacer alianza frente á los muros de la ciudad heroica; pero qué se ha de hacer: la envidia ha perseguido siempre á los grandes hombres, y después del Coloso, los enanos"...

.....

Hasta aquí nuestra refutación, y á lo manifestado en ella agregaremos:

Para valorizar en toda su importancia la victoria del 5 de Mayo, hay que tener en cuenta, además de lo expuesto, la ligereza y ridícula arrogancia de Laurencez, quien, en nota de 26 de Abril decía al Ministro de Relaciones de su país: "Tenemos sobre los mexicanos tal superioridad de raza, de organización, de disciplina, de moralidad y de elevación de sentimientos, que suplico á V. E. se sirva decir al Emperador, que desde ahora, á la cabeza de sus seis mil hombres, soy dueño de México."

La satisfacción, el júbilo inmenso que en todo el país produjo la victoria de Puebla, apenas pueden describirse.

El Congreso de la Unión, con fecha 7 de Mayo, expidió un decreto en que declaraba que habían merecido bien de la patria, el C. General en Jefe Ignacio Zaragoza, y los generales, jefes, oficiales y soldados que sostuvieron el honor y la independencia de la República en las acciones de Acultzingo y Puebla, y declaró también con fecha 16 de Febrero de 1863, día de fiesta nacional el 5 de Mayo, accediendo así á las justas y multiplicadas peticiones hechas sobre el particular.

El Gobierno de Aguascalientes dió un voto de gracias al benemérito ejército de Oriente, que al mando del distinguido General Zaragoza alcanzó la victoria del 5 de Mayo, salvando con ello la libertad y la independencia de México, y envió una calurosa felicitación á este caudillo y á los jefes, oficiales y soldados, por haber dado un día de gloria á la patria, dejando bien puesto el honor nacional.

Las felicitaciones por motivo del triunfo del 5 de Mayo se multiplicaron hasta el delirio, haciéndose de Zaragoza y del ejército de Oriente el ídolo del día, ¡y á fe que con sobrada justicia!

Se abrió una subscrición nacional para regalar una espada de honor al caudillo del ejército de Oriente, y en San Francisco de California se abrió otra con idéntico fin, por los buenos mexicanos residentes allí, la cual produjo una suma respetable con la que se ad-

quirió esa joya, la cual, según la descripción hecha por un periódico metropolitano, era riquísima y de un trabajo delicado.[1]

La Sociedad de fundadores de la independencia del Perú, dirigió una entusiasta y patriótica felicitación á Zaragoza, y en ella le decía entre otros conceptos:

"Señor General: La victoria que habéis alcanzado á las inmediaciones de Puebla con vuestros denodados compatriotas el glorioso 5 de Mayo, sobre las huestes invasoras de Napoleón III y sobre las del traidor Almonte, ha llenado de santa alegría nuestro corazón, enlutado con los injustificables procedimientos del Emperador de la nación más culta de Europa, y ha fortificado nuestras creencias patrióticas, basadas en el convencimiento de que no hay poder que contrarreste al que dan la justicia y el derecho en todas partes, y muy particularmente en los campos de batalla.

"Espectáculo por cierto grandioso es veros, señor General, vencer con vuestros valientes guerreros á los denodados campeones de Crimea, á los conquistadores de Argel, y los que aún conservan frescos los laureles de Magenta y Solferino; á la par que elocuente lección para todos los déspotas y traidores, que creen posible romper nacionalidades y aniquilar principios sostenidos por la libertad, por el progreso y por la democracia.

"Los esfuerzos de vuestros compatriotas, dignos hijos de "Anáhuac," los del ilustre Gobierno mexicano, así como vuestros triunfos y nuestras entusiastas felicitaciones, son testimonios clásicos, señor General, de que somos dignos del sistema republicano que conquistamos hace ocho lustros con nuestra sangre, y elocuente prueba

1 A moción de los patriotas redactores de *El Siglo XIX*, quedó abierta una subscrición en la Capital, para con su producto regalar una espada de honor al valiente y distinguido General Zaragoza, siendo lo notable del pensamiento, que para que el obsequio fuera eminentemente popular, los donativos no debían pasar de un peso.

Encabezaba la lista de subscrición el ilustre Juárez; mas noticioso el vencedor de los franceses, de la honrosa distinción de que estaba siendo objeto, manifestó en una reunión íntima, "que sólo esperaba el término de la subscrición para suplicar á los donantes le permitieran que dispusiera de esa suma en beneficio de los hospitales de sangre, porque si á él cabía la gloria de haber estado al frente de los defensores de la patria, los ciudadanos ameritados que sufrían los dolores de las heridas causadas por las balas enemigas, merecían de preferencia la atención y los cuidados de todos los buenos patriotas."

¡Acción noble, que atestigua de manera elocuente los bellos sentimientos de que se hallaba animado el héroe del 5 de Mayo!

de que las Repúblicas americanas, antes de ser holladas por el despotismo ó por la monarquía, se convertirán en numerosos panteones, en que los cadáveres tendrán por nichos los lechos de sus caudalosos ríos, y por monumentos de su gloria sus colosales Andes, que inmóviles con sus cimas laureadas por los rayos del sol que os alumbró el 5 de Mayo, nos contemplarán orgullosos, porque éramos dignos de gozar nuestra independencia y libertad."

¡Conceptos tan hermosos eran muy dignos así del ilustrado pueblo que los emitía, como de la nación generosa en cuyo honor se tributaban!